LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12
2 DE MARZO DE 2001
AÑO 3 NÚMERO 151

Sexo en Nueva York

El zarpado Saint Laurent

Técnicas de seducción





HABLA Y SERÁS *bella*

POR MOIRA SOTO

Al mismo tiempo que las mujeres conquistan libertades y se expande la realización de su potencial creativo e intelectual, aumentó la tiranía de la belleza. Así, según los casos, ellas se sienten culpables de envejecer, de tener tetas chicas, de no ser flacas, de portar canas y celulitis. El nuevo milenio debería poner el gimnasio, la cirugía y la cosmética al servicio de la diversidad y el estilo, y no como una obligación para existir en el mundo.

Cada vez que la mayoría de las pensadoras del feminismo se refiere a las materias pendientes para acercarse a una genuina igualdad, se suelen mencionar las tareas domésticas y la crianza de hijos, que los varones se resisten a compartir plenamente. Sin embargo, hay otra división sexual del trabajo igualmente injusta, quizás más opresiva, y que no sólo afecta –en principio– a todas las mujeres sino que además se ha intensificado brutalmente en el curso de las últimas décadas: las labores (regímenes, tratamientos diversos, aplicación de cosméticos, cirugías estéticas, gimnasias) relacionadas casi exclusivamente con la belleza. Es cierto que algunos ejercicios físicos, algunas dietas, pueden resultar saludables, pero en general el objetivo es ser bellas, mejorar estéticamente, responder a patrones en boga. “Para las mujeres, la belleza es una obligación que forma parte de su identidad sexual”, apuntó Susan Sontag. “Porque ésta es una sociedad que hace del ser femenino y de la preocupación de ser bella una sola cosa.” Y lo peor es que esta condena a lo Sísifo –no hay cuidados definitivos, las modas cambian, las cirugías deben ser renovadas– viene con un estigma encima, como señala Sontag: “Se define al ser femenino como aquel que se ocupa de su aspecto y luego se lo denigra por frívolo y superficial”.

Esta tiranía de la belleza, que paradójicamente se agudizó al mismo tiempo que las mujeres conquistaban libertades y se expandía la realización de su potencial creativo e intelectual, ha sido también denunciada por ensayistas feministas lindas y jóvenes –para que nadie diga que sangran por su propia herida– como Naomi Wolf (*El mito de la belleza*) y Susan Faludi (*Reacción, la guerra no declarada contra la mujer moderna*). Por su lado, la periodista Barbara Ehrenreich llamó “enfermedad social” a la ansiedad creciente de las mujeres por hacerse colocar implantes en pechos y nalgas, recordando irónicamente en ese artículo la vieja costumbre médica de obtener provecho del cuerpo femenino a través de tantas histerectomías y cesáreas innecesarias.

Desde luego, muchas otras voces se han alzado poniendo en manifiesto y repudiando este sistema despótico que subyuga a las mujeres al no permitirles otra opción. Porque, volviendo a Susan Sontag, “no es el deseo de ser hermosa lo que está mal sino la obligación de serlo, o de intentarlo a toda costa”. A tal punto se ha incorporado el marketing de la belleza (o del forzoso, imprescindible mejoramiento del aspecto) a nuestras vidas que se considera un pecado no responder a estos dictados. Así, según los casos, nos hacen sentir culpables de envejecer, culpables de tetas chicas, culpables de no ser flacas, culpables de portar canas, culpables de celulitis. Y si alguna se quiere olvidar un poco del tema, aventar la angustia de todo lo que le faltaría por hacer para estar a tono con los imperativos sociales y comerciales, ahí está la perfumería de la esquina con sus vidrieras y estantes abarrotados de cremas, máscaras y lociones para todas las edades y pieles, además de tinturas y tratamientos capilares diversos; y a la media cuadra el gimnasio con múltiples aparatajes; si leemos diarios y/o revistas, veremos que proliferan las notas con tareas para el hogar (o para cumplir en institutos de belleza), los artículos promocionales de cirujanos estéticos que intentan convencernos de que lo mejor para la autoestima es operarse, implantarse, liposuccionarse, amén de los innumerables avisos que venden productos humectantes, nutritivos, reductores, champúes y cremas de enjuague, exfoliantes, tónicos, tratamientos antiage sectorizados (una cosa es el contorno del ojo y otra el del cuello) y hasta (entre lo más sofisticado y caro) un *Complexe cellulair aux extraits du caviar*. En las revistas llamadas “femeninas”, por cierto, casi nunca faltará un régimen novedoso y milagroso, con su nombre propio. La semana pasada aparecieron en sendas publicaciones, la *Dieta Dash* (Dietary Approaches to Spot Hipertension) y la *Dieta Volumétrica* (comer mucha cantidad para no pasar hambre –nuevo hallazgo después de que nos mataron a porciones de gorriones–, acompañada, faltaba más, por gimnasia volumétrica). En una de las revistas se proponía, además, un *Plan de emergencia* para después del verano. Un *Beauty Express*, bah, porque el estío deja marcas y hay que restaurarse a elección con: guerra a la celulitis; recuperación facial postsolar; modelado de piernas (presoterapia, termoterapia, enzimoterapia, contracción engométrica computarizada). Parece un chiste de humor negro que podría figurar en el film *La muerte le sienta bien*, de Robert Zemeckis con Meryl Streep y Goldie Hawn, pero no, es la pura realidad documentada que nos rodea y hostiga.

En nuestro país, pese a la recesión creciente y a la baja de ventas en –por ejemplo– el rubro alimentación, florece y fructifica (en buenos dividendos para los comerciantes) todo lo vinculado con la industria de la belleza que, está fuera de discusión, tiene sus depositarias y guardianas en las mujeres, por más que en los últimos años la cosmética y la cirugía estética atraigan a un porcentaje muy chico (menos del 10 por ciento) de varones presionados por el culto del cuerpo perfecto y la juventud perenne.

¿Y LOS BELLOS DONDE ESTÁN?

A lo largo del siglo XX, por no remontarnos más lejos en el tiempo, los modelos de belleza a imitar son femeninos: Bogart, Cooper, Brando, Newman, Connery pueden caerle bien a los tipos, pero sin tener el deber de imitar sus rasgos, su peinado, su atuendo. En cambio, Clara Bow impuso su boquita y melena; Garbo y Dietrich –entre otras cosas– las cejas como largos hilos; Grace Kelly el aspecto de chica fina y modosa; Audrey Hepburn inició el auge de las *gamines* (que van de la Twiggy y Mia Farrow rapada de los 60 a la Kate Moss de los 90); Veronica Lake debió quitarse del ojo el famoso mechón rubio porque las chicas se accidentaban al enredarse en las máquinas; ¿cuánta agua oxigenada hizo correr Marilyn Monroe? Seguramente más que Anita Loos con su novela *Los caballeros las prefieren rubias* (que Monroe interpretó en la pantalla); Brigitte Bardot (¿o habría que decir Roger Vadim?) batió el pelo (largo) de las mujeres, valorizó a las trompudas y marcó la moda de los vestiditos de Vichy. En fechas más recientes, las mujeres no sólo se copian de maquillajes, peinado y estilos de vestir de las estrellas


IMAGE BANK

del cine y de la televisión, sino que además –cuando pueden pagar un cirujano a la carta– piden la boca de Angelina "Labios de churrasco" Jolie o de Esther –ídem– Cañadas; la nariz de Catherine Zeta-Jones; los pómulos de Claudia Schiffer; los ojitos rasgados de Valeria Mazza. "Belleza: propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros un deleite espiritual –reza el Diccionario de la Real Academia Española–. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas." Dejando de lado a Orlane –la que ofreció su cuerpo en aras de un collage de diversos clásicos de la pintura, y documentó el proceso de cada operación–, cabría preguntarse ¿en qué rubro pueden figurar esas mujeres que han intentado rehacerse (físicamente) a sí mismas, respondiendo a patrones inalcanzables? La humorista norteamericana Fran Lebowitz observa agudamente, respecto de las adolescentes que se mueren por parecerse a un modelo de moda: "Las chicas como ella han sido seleccionadas y reseleccionadas, tras lo cual se ha aplicado el mejor maquillaje, se les ha hecho el mejor peinado y al final, para la foto, cuentan con una maquinita que les da aire y movimiento. Conclusión: "Nadie se parecerá a Amber Valetta, ni siquiera la propia Amber Valetta.

Norma Bertol, profesora de Filosofía, docente de la UBA (Diseño de indumentaria en Arquitectura; Fundamentos del diseño en Comunicación), cree que aquella indicación de los franceses "sois bella et tais tois" (sé bella y callate) sigue teniendo vigencia: "Al mismo tiempo, pienso que ponernos a hablar de cómo ser bellas es de algún modo aceptar una temática que nos imponen, algo que ocurre a menudo. Pierre Bourdieu tiene un artículo, 'La condición masculina', donde habla entre otras cosas del trabajo que nos cuesta a las mujeres imponer nuestras temáticas. Porque siempre estamos respondiendo a temáticas masculinas: es la manera de infiltrarse la ideología del poder en este sistema capitalista machista. Y la temática de ser bella es, en el fondo, masculina. ¿Por qué hay que ser bella? ¿Por qué una tiene que cargar con el trabajo de ser bella, cuando en definitiva tenemos otras temáticas que nos importan más como mujeres? En nivel personal, te puedo decir que yo no quiero hacerme cargo del tema de la belleza, así como nunca le impuse a un hombre que se hiciera cargo del tema de dinero".

No es que Norma Bertol crea que hay que desentenderse por completo del tema del aspecto físico: "Yo me encuentro con señores con panza, desprolijos y desaseados, y no me gusta, claro. Pero ellos se pueden permitir esas licencias mientras que nosotras siempre tenemos que estar divinas. Entonces, que ellos también se hagan cargo, razonablemente, de ser bellos. O pongamos agradables. Y nosotras también, agradables. Aunque para revertir el tema de ser bellas, habría que decir: ser bellos. Porque a nosotras también nos puede importar que el otro sea bello en algún lugar. ¿Por qué yo tengo que ser linda todo el tiempo y el otro desentenderse totalmente? No quiero que las mujeres carguemos solas con ese sistema desigual de la belleza".

BOQUITAS INFLADAS O CEREBROS AMUEBLADOS

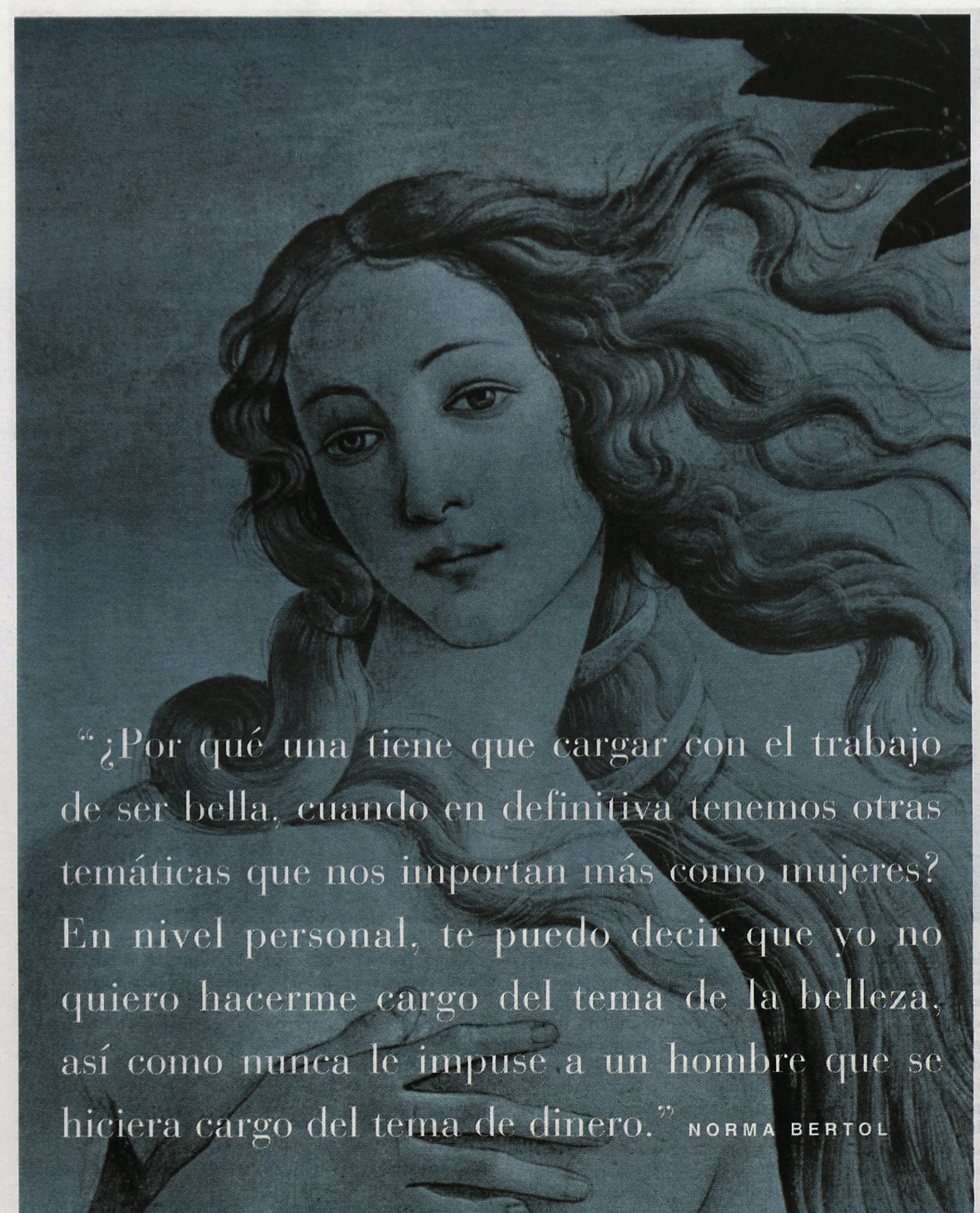
En la apertura de una nota aparecida hace dos semanas en la revista semanal del diario español *El País* se puede ver una chica con aire a Lara Croft (flaca pero con curvas, el cuerpo aceitado esculpido por la gimnasia, la cara perfectamente lisa, boca desproporcionadamente grande embadurnada con rouge oscuro) de la que no se puede afirmar con seguridad que es una humana viviente, porque se asemeja demasiado a una muñeca de cera o de caucho. El artículo se llama "La belleza que viene" y la única imagen que se muestra, entonces, es la de una (presunta) mujer que anticipa que la coacción prosigue en el nuevo milenio con métodos nuevos o perfeccionados: que el fotorrejuvenecimiento IPL (luz pulsada intensa –no láser– que mejora la textura de la piel, cierra poros y –claro– borra arrugas); que la liposucción ultrasónica con efecto de 4–6 meses; que el New Fill, polímero sintético de última generación biocompatible para rellenarse; que el Panty Multiactivo BGT Organic, medias de composición decreciente con activos microencapsulados en su tejido, con efecto hidratante, antienvejecimiento y tonificante. Lo dicho: Sísifo es un enanito de jardín al lado de una mujer consagrada a ser bella según las prescripciones en vigor.

Si una enciende la tele en busca de otros temas, está perdida: de fija que se topará con algunas vedettes guerreras que en vez de cortarse una teta como las amazonas, se acrecentaron ambos pechos, se pusieron pómulos, se inflaron los labios, se lipoesculpieron y ahora están recontraproducidas (maquillaje, peinado, etc.); también verá a actrices y conductoras estiradas, colagenadas, que se han aplicado cejas, etc.; es posible que en algún espacio de cable o TV abierta haya algún cirujano explicando las bondades de las cirugías estéticas; y, si la suerte nos acompaña, acaso hasta liguemos algún programa de gimnasia que endurece y aumenta el trasero.

Para Norma Bertol, basta con mirar un poco la revista *Caras* para enterarse de lo que es ser bella en este país latinoamericano: "Hay que tener el culo para arriba, las tetas hechas, lo mismo que la boca, el pelo platinado, no tener arrugas y hablar lo menos posible. Hace poco, en una reunión, un amigo me dijo: 'Pero, ¿por qué siempre tenés que replicar?'. Y, desde su punto de vista, tenía razón: ¿por qué no me callaba, si me habían invitado para cumplir la función de linda, es decir de mujer?".

"Si ser bella implica callarse en la temática masculina –prosigue Bertol–, ¿qué es ser bellas para nosotras, con una cierta visión del mundo? Tener sensibilidad, energía, un registro del mundo, del otro, el querer comprender. La belleza es casi el cerebro, el órgano sexual por excelencia. La seducción, la palabra, el mundo personal que una aporta. Pero lamentablemente, como están las cosas, esto no es legible por todo el mundo. Cuando me llamaste por teléfono, nombraste a Jeanne Moreau, a Carmen Maura, a Charlotte Rampling, y a mí me dio una especie de tristeza. Porque yo viví mucho años en Francia, y sí, es como que allá te miran otra cosa, hay hombres que te miran otra cosa. Pero si Moreau viene acá, la mandan al placard y traen a Sofía Gala o a Pamela Anderson. Desgraciadamente, somos una provincia del modelo americano: somos hijas de Jane Fonda, una tipa que se suponía feminista y terminó vendiéndonos gimnasia para estar duras y casándose con el zar de la televisión por cable. Es un modelo perverso."

La periodista Barbara Ehrenreich llamó "enfermedad social" a la ansiedad creciente de las mujeres por hacerse colocar implantes en pechos y nalgas, recordando irónicamente la vieja costumbre médica de obtener provecho del cuerpo femenino a través de tantas histerectomías y cesáreas innecesarias.



A ESTA SI, A ESTA NO

"Permanentemente se les dice a las mujeres: tiene que ir al cirujano plástico; si no cumplen determinados parámetros de belleza, no existen en esta sociedad", reconoce el doctor Jorge Pedro, especialista universitario que se declara en contra de lo que llama el marketing frívolo o chanta que estimula un culto excesivo, la inducción de las mujeres a operarse y el exhibicionismo de algunos cirujanos que se promueven en la televisión para vender su especialidad, negando riesgos y complicaciones. "Para este tipo de profesionales, toda paciente vale para llevarla al quirófano. Y no debe ser así."

Para el doctor Pedro, la apreciación justa estaría cerca del centro: ni las operaciones en serie a pedido, ni negarle –a quien en alguna medida lo necesita– la posibilidad de corregir su aspecto: "Tomemos el ejemplo no tan raro de una mujer de veintitantos, chata completamente, sin sombra de relieve en el pecho, que de verdad sufre un trauma terrible. En ese caso, y en muchos otros en que una parte de la apariencia física se convierte en un grave problema, la cirugía estética aporta, sin duda, soluciones. Claro: estamos hablando de una autoestima dañada en serio, no de la chica que tiene pechos medianos y porque la televisión dice que es mejor tener el doble, se quiere operar. Ahí sí estamos haciendo algo frívolo de nuestra especialidad. Pero no cuando estamos ayudando a resolver temas concretos, problemas psicológicos, de pareja. O simplemente prácticos –para seguir con el ejemplo del pecho femenino–, como el de una mujer con busto enorme, desmesurado, que le pesa y le incomoda, le tira la columna, le hace tomar una actitud encorvada incluso frente al mundo, mientras el bretel le perfora la clavícula y los hombros. Estas son situaciones humanas mejorables que están en el otro extremo de lo que puede ser frívolo: o sea, lo que se ve en la televisión, esas figuras recicladas por donde se mire. Yo, personalmente, no atiendo a vedettes sino a mujeres de distinta edad que tienen su autoestima muy lastimada. Casos que vemos todos los días, en el hospital o en el consultorio".

El cirujano entrevistado establece las diferencias entre la cirugía plástica que corrige malformaciones (labios leporinos, pechos asimétricos), la reconstructiva (cuando se pierde una forma por un accidente o una operación como la mastectomía) y la estética: "En esta última, hay que analizar caso por caso, tratar de que cada paciente haga su propia reflexión y evaluación, con una información detallada de riesgos, complicaciones posibles, duración del posoperatorio, la reinserción laboral. Es verdad que esto no lo hacen todos los médicos. Peor aún: algunos minimizan los inconvenientes. Le dicen al paciente: 'En tres días estás trabajando, no te duele nada, no hay cicatriz', y lo cierto es que no tenemos la varita mágica ni la goma de borrar, si bien es verdad que se ha evolucionado mucho en las técnicas. Pero ir a cirugía no equivale a ir a la peluquería".

Jorge Pedro sostiene que ese culto inmoderado por la perfección física está alimentado por los medios, que influyen sobre una población con fragilidad psicológica que se aferra a soluciones supuestamente mágicas. "En la consulta se nota esta creciente inestabilidad emocional. Entonces, frente a una persona que cree que va a cambiar su vida con una cirugía, hay que encender la luz de alarma. Creo que hay que valorizar la relación médico-paciente, advertir las verdaderas necesidades, los conflictos que hay detrás de una decisión de operarse. De diez mujeres que veo, alrededor de siete pueden estar para la cirugía. Y si no estoy convencido digo que no. Es de lamentar cuando no se sabe discernir: esta mujer no necesita realmente cirugía; en esta otra el costo psicológico va a ser mayor que el beneficio que pueda obtener; la siguiente quizás pueda necesitarla, pero no está pasando por un buen momento emocional como para enfrentar el trauma representado por el estrés de una cirugía. Sólo después de hacer un análisis lo más profundo y honesto posible, se puede llegar a una decisión apropiada".

CARNE Y ESPIRITU

"Hace tres siglos que venimos pensando que el espíritu va por un carril y el cuerpo por otro –señala Norma Bertol–. Creo que hay que empezar a decir que el cuerpo y el espíritu son la misma cosa. Y sobre todo, según Marleau Ponty, que el cuerpo es el espíritu. Entonces, el cuerpo expresa lo que una es. Y, si una no es una máquina, ¿por qué en el gimnasio te ponen un aparato para que te levante el culo?; ¿qué tiene que ver eso con lo que es un cuerpo humano? Nada. A mí me encanta hacer gimnasia, sentir mi cuerpo, pero odio todos los aparatos. Me niego a que me digan que tengo que ser cuerpo o cabeza, quiero ser algo en la diagonal, vivir mi cuerpo y mi cabeza como una totalidad. Como dije antes, no creo que haya que abandonarse, afearse. Si a una le da gusto, ¿por qué no realzarse con maquillaje, ponerte una pilcha que sienta? Existe el aspecto material del cuerpo y está bien asumir que una también es cuerpo. Pero un cuerpo atravesado por el espíritu. En el tema de las arrugas, es cierto, hay algunas que están bien. Pero hay otras que, si me las puedo corregir, mejor. No estoy totalmente en contra de la cirugía, siempre que se haga sin compulsión. Eso sí: el botox me parece monstruoso, algo que te inyectan para que se paralice el músculo de la expresión, de modo que no manifestás emociones con tu cara".

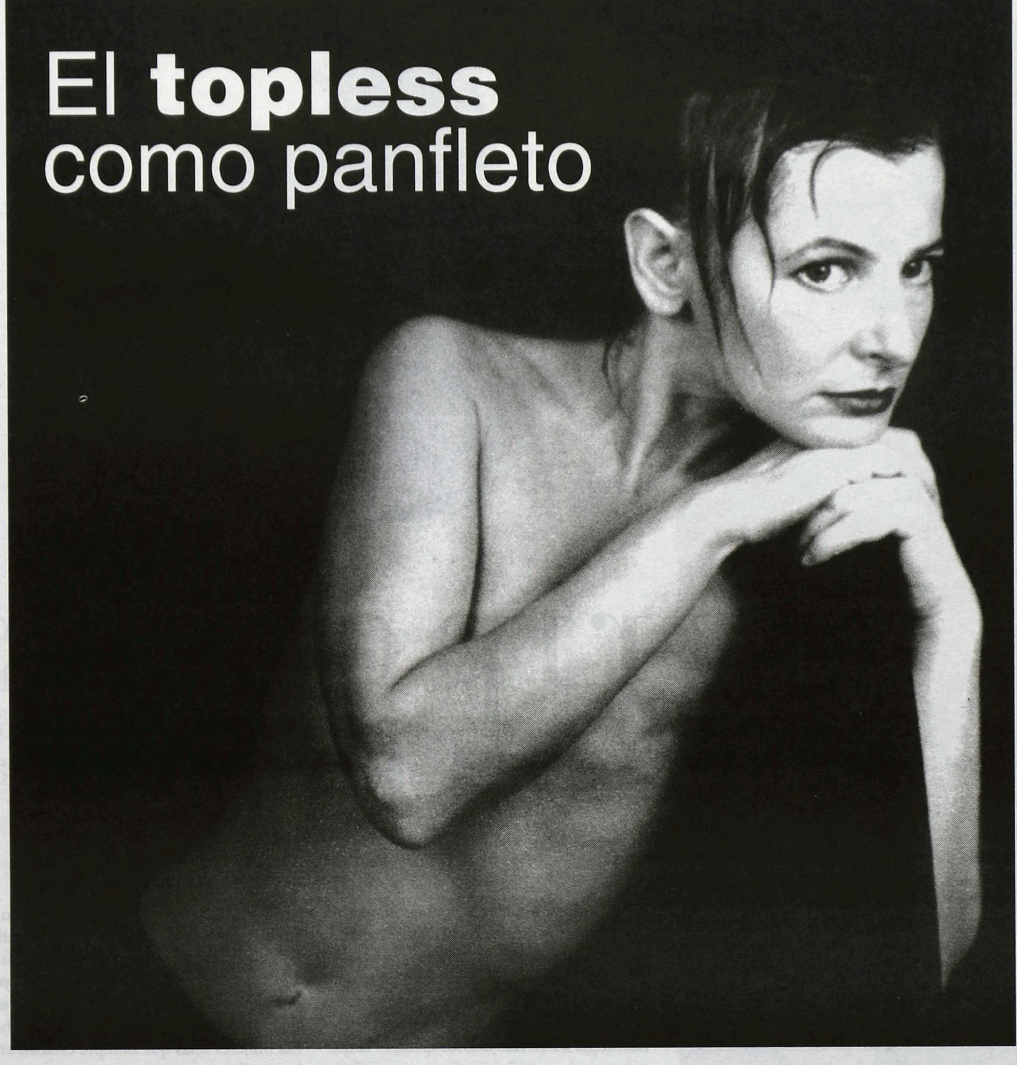
Bertol opina que finalmente, en este sistema, la belleza es la cuenta bancaria, de lo que pueden dar fe Susana Giménez o Franco Macri, cuyas reservas monetarias los proveen de parejas jóvenes y atractivas: "Vos mirá a Macri, ¿qué sería de este tipo si tuviese un taller mecánico? Tener o no tener, ése es el verdadero valor simbólico; el resto son adjetivos... La belleza también es un capital, pero para mantenerla, a cierta edad, necesitás mucho capital. Porque Catherine Deneuve, a fin de estar divina, se tiene que infiltrar todos los días, más allá de lo inteligente que sea". A propósito de Deneuve, viene a cuento reproducir parte de un comentario del escritor español Antonio Muñoz Molina cuando se lamenta de que la actriz francesa, "a quien los años habían humanizado (...), haya visitado la fuente quirúrgica de la eterna juventud. Se ha borrado de ella lo que la hacía más hermosa y singular... y lo que queda es un simulacro impecable y más bien neumático, un espejismo de facciones de catálogo y bellezas clonadas". Para Muñoz Molina, "queriendo negar el paso del tiempo, la cirugía no salva la cara de una mujer... Más bien lo que hace es someterla a un anticipo de embalsamamiento".

Menos taxativa, Norma Bertol cree que no hay que hacer lecturas maniqueas, "porque entonces revertís la ideología que criticás con signo contrario. Sería bueno entender la belleza femenina y la masculina sin hacer maniqueísmo. Ahí, como dice el italiano Toni Negri, hay que inventar valores, no hay más joda. Ver qué es lo que hay que redefinir de cabo a rabo, y lo vamos a tener que hacer con alguien que mire, independientemente de sentirnos bien en nuestra piel, con nosotras mismas".

Ser o no ser parlante, ése parece el dilema. ¿Hablá y serás bella?: "Podría ser: bella desde la palabra, no desde el callarse. No desde el físico, la máquina, sino del cuerpo-espíritu, el cuerpo humano como cuerpo propio. Pero sobre todo, hacer esta subversión ideológica de imponer nuestras propias temáticas, ya no someternos a las temáticas ideológicas del mundo masculino"●

FOTO DE TAPA: NORA LEZANO DG: ROS GRACIAS EUGENIA

El **topless** como panfleto



POR GABRIELA LIFFSCHITZ*

Durante un tiempo bastante extenso, en mi vida pensaba que la mirada del otro tenía un poder singular para cada uno. Librarse de la singularidad de esa mirada fue y sigue siendo un trabajo de análisis para mí. Pero después de haber llegado involuntariamente a una singularidad –en todos los sentidos– de mi cuerpo, la mirada del otro –lo singular de su poder– fue de alguna forma relegada.

Hace poco más de un año dejé la mama izquierda en una sala de hospital, a raíz de un tumor maligno que me dejó impar. Así, con este cuerpo singular donde ya no tiene caso poner lo singular en la mirada del otro (sólo uno adjetiva esa mirada) y en ocasión de unas placenteras y deseadas vacaciones en una bella playa del Caribe, y animada por la ductilidad con la que las turistas –sobre todo europeas– manejaban sus cuerpos, decidí liberarme del corpiño.

Hice topless. Mi hija de ocho años se reía porque éramos 3 mujeres –viajé con mi pareja, la niña y unos amigos– y 5 tetas. Ella se incluía, claramente, con la promesa futura de dos abultados senos a los que ya rendía un culto tal vez más ligado a la tranquilidad de una independencia hereditaria.

La verdad es que hacer topless ya no tiene, o no tenía para mí, el sentido militante que tuvo en los 70 para otras mujeres. Ahora, siendo una conquista ya ganada o una discusión intrascendente, el tema dependía solamente de que moleste el corpiño o, como en mi caso, la incomodidad de la prótesis. Sin embargo supe después cuando volví a Buenos Aires, que este verano el topless fue toda una discusión. Parece que lejos de ser una consigna ganada o perdida aquí es objeto de cierta prostitución laboral que como siempre se encuentra al servicio de las exigencias que el marketing desarrolla para el mercado (y no el revés como se pretende).

En países más bien conservadores como el nuestro, el topless sólo es aceptado si los senos están perfectamente sostenidos y turgentes, ya que así respetan mejor el modelo del pecho sexual al mismo tiempo que se alejan del maternal.

Pero, volviendo a mi experiencia del topless singular, pasó algo muy divertido. Con nuestros amigos discutíamos sobre la disciplina que estudia la distancia entre las personas y el uso del cuerpo del espacio físico y yo pensaba por primera vez que efectivamente desde ese punto de vista no es lo mismo hacer topless estando acostada que parada y menos caminando.

La gente que pasaba cerca nuestro me miraba un poco, pero se les notaba en la cara que era más por desacostumbramiento e incredulidad y en general me sonreían en signo de aprobación.

Un día, envalentonada por las calurosas felicitaciones de una señora americana, que afirmaba que las mujeres mastectomizadas por lo general ni siquiera van a la playa, mi pareja y yo fuimos a caminar. No sucedió nada (nada distinto de lo que ocurría estando recostada), salvo por un pequeño encuentro. Ya de regreso veníamos hablando de otros temas cuando a unos pocos metros (tal vez 10 o 12) vimos a una pareja de argentinos (es fácil reconocernos en el exterior) que se acercaba en dirección opuesta. Los notamos en particular porque ella tenía la mano en la cara (como si estuviera sacándose el pelo o arena o más seguramente un fantasma) –gesto que mantuvo durante todo el tiempo– mientras miraba entre los dedos, los ojos desorbitados, le decía a su novio –¡¡Mirá, mirá!! No pudimos evitar reírnos. Está claro que ella percibió que más que nada yo tenía algo ahí y lo estaba mostrando, aunque desde ya ella prefería no verlo. Y fue este pequeño encuentro lo que le dio a mi topless un nuevo sentido, tal vez el que hace años tuvo para aquellas otras mujeres de los 70 el revolear el corpiño: un sentido político.

* *Escritora y fotógrafa.*

RAMOS GENERALES

LA CONSPIRACIÓN MUNDIAL

Ya es hora de que se entere y deje de ser indiferente, la sociedad actual exige compromiso y nadie puede quedar al margen. Mucho menos cuando lo necesario es resistir a "Un plan que se cumple paso a paso" y cuyo único objetivo es la "Destrucción de la familia". Plan ideado y financiado por "el Banco Mundial y las agencias de la ONU: Unicef, Unifem y la Organización Mundial de la Salud", organismos empeñados en detener la prolífica progenie con que los matrimonios bien constituidos de nuestro fértil país pensaban poblar su vasta geografía. Esto es al menos lo que dicen este tipo de matrimonios, agrupados en una Asociación de Familias Numerosas, firmantes de numerosos volantes –junto a la Liga de Amas de Casa y el Movimiento Mundial de Madres, entre otros– que se reparten día a día en las puertas de colegios privados, reuniones de profesores o juntas de rectores que frente al inicio de clases empiezan a sesionar. Nada se dice de las razones de tamaña conspiración, aunque esta gente parece tener datos concretos sobre situaciones que no debería pasar por alto ningún ciudadano que se precie de tal. ¿Sabía usted que Chiche Duhalde y Lilita Carrió se aliaron para impulsar el "progresismo pornográfico"? ¿Imaginaba acaso en sus peores pesadillas que Carmen Storani y José Corchuelo Blasco están de acuerdo para "pervertir y corromper a los menores"? Estas son las denuncias de la Rueda de Enlace de ONG'S Provida que contienen un espectro tan amplio de participación como los Jóvenes del Mercosur y el Movimiento Cívico de Mujeres. Y además están muy bien fundamentadas con los argumentos del obispo de San Luis, Juan Rodolfo Laise, quien asegura que según textos sacros, "queda claro que toda práctica anticonceptiva es abiertamente ilícita sea cual fuere la intención, ya que el fin no justifica los medios (...) y la contracepción es de suyo un acto intrínsecamente malo". Así ya sabéis, habéis sido alertados, la conspiración está en marcha y como se dice en los volantes, "la perspectiva de género promueve la homosexualidad y quiebra el concepto de familia". Si deseáis más información no hay más que conectarse con esta gente que se reune cada miércoles a las 18 en Profamilia. No es un dato para desmerecer, parece que esta gente tiene datos del triunfo de alguna revolución sexual que se nos está pasando por alto. No vaya a ser que diputados y diputadas se estén divirtiendo sin participarnos a quienes de buena fe les dimos nuestro voto.



Chola Asencio, una vedette casi niña.

LIBRERÍA

Desasosiego



Fernando Pessoa, un hombre solitario, se desdobló en otros nombres: Alberto Caeiro, Alvaro de Campos y Ricardo Reis, todos poetas. También en Alexander Search, que escribía en inglés, y en dos prosistas, Vicente Guedes y Bernardo Soares. De este modo constituyó en sí mismo un coloquio literario cuyos representantes tienen filosofías, estéticas y retórica diferentes. *El libro del desasosiego* se atribuye a Bernardo Soares y consta de más de 500 fragmentos que Pessoa dejara inéditos, aunque la mayoría seleccionados y anotados. Traducido por Santiago Kovadloff, reorganizado por Richard Zenith y editado por Emecé, puede leerse al azar atesorando la sabiduría y la experiencia de esas miniaturas que Pessoa puso bajo la firma de Bernardo Soares, "auxiliar de tenedor de libros de la ciudad de Lisboa", en nombre de quien anotó en el fragmento 290: "Las frase que nunca escribiré, los paisajes que nunca podré describir, con qué claridad las dicto a mi inercia y los describo en mi meditación, cuando, reclinado, no pertenezco, sino lejanamente, a la vida".

EL CAMAFEO

Rara



Se paseaba por la ciudad vieja vestida de varón luego de tomarse una copita en un bar de hombres solos o se sentaba en las plazas con los mendigos para hacerse contar la vida. Si Delmira Agustini, tuvo un final trágico, pero también una vida perfectamente burguesa en casa de mamá, María Eugenia Vaz Ferreira, tuvo un final trágico con cuentagotas y una vida poco convencional. Incorporada al movimiento modernista uruguayo, publicó sus versos en *La Nueva Atlántida* de Herrera y Reissig y la revista nacional de *José Enrique Rodó*. Nacida en 1875, sarcástica e irrespetuosa, trabajaba como profesora de literatura en la Universidad de Mujeres adonde estallaba de risa ante la sola mención de la palabra "palipote". A la sombra de su madre y de su hermano Carlos, sólo publicó póstumamente un libro *Las isla de los Cánticos*. Catalogada como "enferma nerviosa" pasó los últimos diez años de su vida encerrada como si el final de Delmira hubiera inscripto la tragedia en toda mujer que se atreviera a asumir la vocación literaria.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Lo que hace una chilaba



No terminó el secundario y se fue de su casa a los 17. Siempre nadó contra la corriente, de eso, dice, está orgullosa. Fue hippie en tiempos de la revolución punk, okupa antes de que se oficializara el movimiento, actriz cuando sólo le ofrecían trabajo en cabarets y cabaretera cuando se aburrió de las tablas. Se llama Empar Moliner, es catalana y en ese idioma ha escrito un libro de cuentos y una novela. Pero ahora es el periodismo más crudo el que la desvela y en ese tren se ha camuflado de distintas cosas con el único objeto de narrar vidas marginales "desde adentro". Su última aventura fue disfrazarse de turca con chilaba y pañuelo en la cabeza para saber lo que sienten los "exiliados económicos" en su ciudad, Barcelona. Y lo supo: ofertas de sexo a cambio de trabajo de mucama, departamentos que se habían alquilado ni bien el propietario veía su atuendo y casas de ropa que no le permitían el ingreso. A los 13 días renunció al camuflaje. Pero quedó la denuncia.

PERSONAJES



mariposas nocturnas

POR SANDRA CHAHER

Amapola espera al público en la puerta del Auditorio del Centro Cultural Recoleta. Les entrega un programa del espectáculo y recorre las butacas contando sus pesares. Renguera, semi-hemiplegia, vejez, muerte. Temas oscuros, el humor está ahí, entre poquitas frases, pero ella, vestida de negro, frunciendo el seño, con un sombrero que la cubre hasta las cejas, provoca alguna sonrisa sólo a veces. ¿Quién es este personaje que se presenta como madama del prostíbulo? Una madama particular, donde Mónica Cabrera, autora, directora e intérprete de la obra, depositó en su forma más cruda el tema que une a sus personajes: la decadencia de la vejez, el momento en que la belleza huye y sentimos que empezamos a morir un poco. "*El Club de las Bataclanas* les da la bienvenida. Gracias por visitarnos. Si el espectáculo es de su agrado, recuerden recomendarnos. Adieu...", se despide Amapola cantando una canción de ABBA. Atemporal, caprichosa, ¿por qué esa canción, como por qué muchas otras cosas puestas como porque sí? "Me tranquilicé pensando que la unión entre estas mujeres era temática y no temporal –dice Cabrera, el lunes siguiente a una segunda función a sala llena–. Todas hablan de la muerte, y ahí también está mi angustia adolescente de no morir." *El Club de las Bataclanas* no es, dice ella, un homenaje a estas mujeres llamadas así a comienzos de siglo –coristas, alternadoras y hasta algunas vedettes–. Y de hecho no hay un registro histórico clásico en la composición del espectáculo. Es más bien la mezcla de una historia leída, otra vivida y otra inventada por la autora, inventos que tienen que ver ya no con el pasado sino con la mujer de hoy, rasgos nuevos y otros que se perpetúan. Violeta es una dominatriz que alecciona a las mujeres sobre el rigor con que deben ser tratados los hombres, no sólo sexualmente. Hortensia, junto con Amapola y Coral, es quizá la más arraigada en su origen histórico. Tiene vinculaciones con políticos como Alvear, que pavonea sobre el escenario añorando sus recuerdos. Narcisa es agobiante, vestida de enfermera, o quizá sea el uniforme de un manicomio, quiere dar instrucciones sobre cómo hacer el amor, pero se desmarca como un tiovivo enloquecido porque acaba de dejar de fumar y sus ideas giran dramáticamente sobre este hecho. Coral es la que más risas provoca, por un recurso vocal que hace que hable con palabras que tienen la sílaba "co" y las tartamudee como una gallina; y Alhelí es la típica abuela prosti y piola, se gana la vida con una hot-line porque el cuerpo ya no da para otra cosa, mientras se hace tiempo para cuidar a sus nietos. Un "mensaje de esperanza" en medio del grotesco de sus compañeras.

LA PRESUNCION

"Todo el mundo deduce que yo hice una investigación sobre las bataclanas para hacer esta obra. Y lo que pasó fue muy emocional. Como cuando se muere el padre de alguien y a partir de ese hecho te ponés a escribir sobre tu papá." Mónica habla ligerísimo, hilando ideas que abandona, retoma y rebusca en su cabeza que parece no detenerse jamás. Se corre todo el tiempo de cualquier lugar ideológico donde se la pueda haber encasillado. Una frase la dejó colocada acá, con la siguiente saltará tres metros más allá, y así. A conciencia o no, opta por el riesgo. Como cuando dice: "Yo no soy feminista, pero estoy más preocupada por entender a los hombres que a las mujeres". Es cierto que no hizo una investigación específica sobre las bataclanas, que tenía el título de la obra dándole vueltas en la cabeza y un amigo del Centro Cultural Recoleta le preguntó hace unos meses: "¿Che, tenés algo para el verano?" Y ella contestó: "Sí, *El Club de las Bataclanas*". Y volvió corriendo a su casa a escribir desesperada. "La hice en 3 días, como loca. Y me salían palabras rarísimas, de la época, como "porfiaba" o "excusaba", que se ve que estaban ahí." Pero había un background histórico y componentes emocionales. Hasta mayo del 2000, Mónica fue docente de la Escuela Municipal de Teatro de Merlo. "Yo daba clases de tipo académico. Entonces investigué mucho sobre el teatro, me hice 'investigadora': leer, leer, y leer." Y además su mamá: una mujer que a los 60 lamentaba haber perdido la gracia y la figura de los 15. Y su propia historia. "A los 5 años yo vivía con mi mamá y mis hermanas en un hotel, y veía que en otras habitaciones había mujeres solas que siempre estaban en batón. Eran prostitutas, pero me fui avivando recién a los 11. En realidad, estas mujeres eran alternadoras, que es lo que eran muchas de las antiguas bataclanas. Ellas estaban en un boliche y tenían que conseguir que el tipo tomara lo más posible, y después si querían, cogían, pero la ganancia estaba en lo que tomaban."

¿BATACLANAS O VEDETTES?

"Originalmente, bataclana se le decía a la corista, las que estaban detrás en los números. Pero también se les decía a las artistas cuando estaban viejas." Pero el término bataclanas –más allá de que en el año 1920 el viejo teatro Roma, de la calle 25 de Mayo al 400, empezara a llamarse Ba-ta-clán– muchas veces fue asimilado al de vedettes. La historia se remonta al sainete y a la zarzuela primero, de donde se dice que surgió la revista criolla. Ya en las décadas del '20 y del '30 aparecieron figuras femeninas famosas, como Sofía y Olinda Bozán. Hubo una, Chola Asencio, que debutó en la revista siendo nena y fue corista y vedette. "Las mujeres con actividades artísticas eran muy relegadas a comienzos de siglo, eran marginales que se oponían al mandato social, como una Tita Merello o una Azucena Maizani. Entonces yo pienso que las Bozán quizá tuvieran un tipo que las mantenía; o la Merello, que estuvo con Sandrini. Iris Marga estaba en el Ba-ta-clán, y yo dudo de ella. Pero está todo medio mezclado: el cuerpo de la mujer es un objeto de deseo, y a la vez podés acceder a eso. Y tampoco creo que ellas sufrieran, creo que hay cierta cosa de poder de ellas. No hay esa victimización que dice que las prostitutas hacen la calle porque no les queda otra opción. En esa época había tres tipos de mujeres: las prostitutas que trabajaban en los burdeles; las que querían ser madres y esposas; y las que se dejaban llevar por sus pasiones, como la pulpera de Santa Lucía, que se la ban-

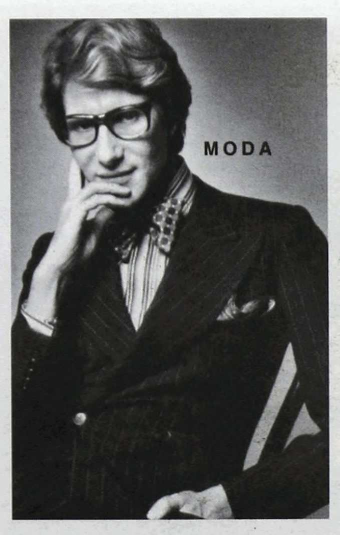
El Club de las Bataclanas, dirigido por Mónica Cabrera, es un espectáculo que, con el pretexto de homenajear a coristas, alternadoras y vedettes de principios de siglo, recoge experiencias de las mujeres de hoy.

caban por su cuenta, laburaban, y si querían se iban con un tipo o quedaban embarazadas. Yo creo que las bataclanas salen de esta clase baja, donde muchas eran hijas naturales, y de las rebeldes que no querían ser amas de casa."

SUFRIR

El Club de las Bataclanas está construido como una estructura simple: numerito del personaje, que termina con una canción, y entre medio dos muchachos llenan los tiempos del cambio de vestuario con intervenciones cortas como de varieté: un bailarín centroamericano, un "profesor de Condón", y un explícito efebo. Sumado a la potencia masculina de los personajes de Cabrera, el efecto general es de cierta ambigüedad sexual. "Hay una cosa como machona en ellas, pero a ninguna le gustan las mujeres. Es algo masculino cultural, tipo: 'Me van a respetar si ando con revólver'. Como que tenían que imitar al padre, porque a la madre la debían ver como a una infeliz. Además, las bataclanas eran medio guarangas, como la Merello. ¿Viste cómo se sienta Alhelí con las piernas abiertas? Yo siento que estoy imitando a alguien cuando las interpreto, no a alguien específico, sino a ellas." A Mónica le preocupa el sufrimiento que pueda transmitir en sus personajes. "Me parece que yo registré mucho el sufrimiento alrededor mío en la vida y no lo quiero poner en los espectáculos, pero tampoco entiendo por qué la gente quiere evitarlo tanto. ¿Cuál sería el dolor de las bataclanas? Su decadencia. El paso del tiempo y la belleza, y que no pueden parar de hacer ese personaje. De esto me di cuenta actuando. Se me apareció que ellas son personajes que dicen algo que les escribieron, como la Co-có, ella no es así, no habla así, hace de eso, pero no puede parar de hacerlo." Como si la repetición indefinida demorara la caída de la arena en el reloj.

La popular Carmen Lamas en los años 30.



Hace unos meses, la Casa Gucci, cuyo actual alma mater es el norteamericano Tom Ford, compró en una operación millonaria los derechos de la producción prêt à porter de Yves Saint Laurent, quien se reservó sólo a la alta costura. El modisto de 64 años ya está próximo a la leyenda.

SAINT LAURENT

POR VICTORIA LESCANO

Yves Saint Laurent no sólo fue el primer modisto en abrir una boutique de prêt à porter fuera de su casa de alta costura: desde ella enseñó a las mujeres de la Rive Gauche cómo vestirse para el día y la noche a imagen y semejanza de la modelo Veruschka con una chaqueta sahariana de algodón beige enlazada con cinturón de anillos de bronce e impuso el pantalón y el esmoquin como piezas esenciales para lucir glamorosas entre tantas minifaldas. También fue precursor en usar transparencias, hizo el primer gran vestido negro *see trough* y lo mostró en la pasarela del '68 con una maniquí en tetas y un cinturón de oro y forma de serpiente sobre el ombligo a modo de gag, y en el '71 lanzó la contraofensiva con otro modelo negro, esta vez de crespón y encaje, que dejaba ver medio trasero y cuya fotografía de Jeanloup Sieffe es un clásico de la fotografía de moda.

En los noventa la prensa dedicó más espacio a hablar de su mal aspecto, de los 150 cigarrillos fumados por día y los litros de Coca Cola tragados en reemplazo del alcohol y las drogas de antaño que de sus creaciones, pero las nuevas generaciones de diseñadores empezaron a citarlo en sus colecciones. Sin dudas fue Tom Ford, el gurú del estilo sumado al marketing, quien más lo veneró en sus trajes con pata de elefante ideados para Gucci.

A fines del 2000, el holding Gucci compró los derechos de Saint Laurent y su división "Listo para Usar" por un billón de dólares. El modisto de 64 años conserva la línea de haute couture que sigue ideando en trances desde su casa de Marruecos donde cada habitación homenajea a los personajes de *En busca del tiempo perdido*, o en el piso parisino de la rue de Babylone rodeado de Goyas, Picassos, una colección de camafeos y también muebles modernistas de Jean Michel Frank.

LA VIDA LOCA

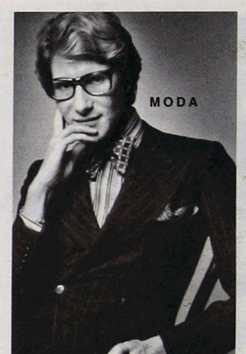
Saint Laurent es la antítesis del ultracool Tom Ford: a los 22 años, Yves posó desnudo promocionando su flamante perfume para hombres; en lugar de encargar campañas millonarias por simulacros de orgías, varias clientas de su casa confesaron un poco ruborizadas que entre los bocetos de trajes con plumas de ñandú guardaba fotos porno que lo tenían como uno de los protagonistas; otros datos que resumen su perfil psicológico señalan que el miedo a los cambios lo obliga a conservar los mismos amigos desde hace cuarenta años y a tener dos perros iguales para llamarlos con el mismo nombre, y que logró armar un imperio sin un peso en medio de un ataque de pánico de varios meses en el hospital Val de Grace a fuerza de las vitaminas para el amor que le dio Pierre Bergé.

La presentación de la colección primavera 2001 de Tom Ford se hizo en París, con asientos drapeados en negro y almohadones de satén. Las modelos usaron plataformas blancas y medias negras ultraopacas y dedicaron varias pasadas a promocionar los flamantes encendedores laqueados y estampados con el célebre logo YSL ideado por Cassandre y también los cigarrillos –una sutileza si uno lo compara con los patéticos vestidos de yogur Ser que lucieron las modelos del último happening de moda bizarra de Giordano–.

Las prendas se limitaron a trajes de seda y crêpe también blancos y negros e incluyó homenajes a dos musas de Saint Laurent de los setenta: Bianca Jagger y Betty Catroux. Las modelos llevaron versiones de trajes de saco y pantalón blancos como el que Yves diseñó a Bianca para su boda con el cantante de los Rolling Stones, aunque sin la capelina.

Los cincuenta clones de Betty, en cambio, llevaron extensiones rubias copiando el peinado de la ex modelo y reproduciendo los corsets esculpidos en cobre e hilos de oro por Claude Lalanne en el '69 (aparecieron en una puesta que asoció la escultura moderna con la alta costura y fueron fotografiadas con túnicas y velos en el Sahara), en versión 2001 by Gucci son de goma negra.





Hace unos meses, la Casa Gucci, cuyo actual alma mater es el norteamericano Tom Ford, compró en una operación millonaria los derechos de la producción prêt à porter de Yves Saint Laurent, quien se reservó sólo a la alta costura. El modisto de 64 años ya está próximo a la leyenda.

SAINT LAURENT NO SE RINDE

POR VICTORIA LESCANO

Yves Saint Laurent no sólo fue el primer modisto en abrir una boutique de prêt à porter fuera de su casa de alta costura: desde ella enseñó a las mujeres de la Rive Gauche cómo vestirse para el día y la noche a imagen y semejanza de la modelo Veruschka con una chaqueta sahariana de algodón beige enlazada con cinturón de anillos de bronce e impuso el pantalón y el esmoquin como piezas esenciales para lucir glamorosas entre tantas minifaldas. También fue precursor en usar transparencias, hizo el primer gran vestido negro *see trough* y lo mostró en la pasarela del '68 con una maniquí en tetas y un cinturón de oro y forma de serpiente sobre el ombligo a modo de gag, y en el '71 lanzó la contraofensiva con otro modelo negro, esta vez de crespón y encaje, que dejaba ver medio trasero y cuya fotografía de Jeanloup Sieffe es un clásico de la fotografía de moda.

En los noventa la prensa dedicó más espacio a hablar de su mal aspecto, de los 150 cigarrillos fumados por día y los litros de Coca Cola tragados en reemplazo del alcohol y las drogas de antaño que de sus creaciones, pero las nuevas generaciones de diseñadores empezaron a citarlo en sus colecciones. Sin dudas fue Tom Ford, el gurú del estilo sumado al marketing, quien más lo veneró en sus trajes con pata de elefante ideados para Gucci.

A fines del 2000, el holding Gucci compró los derechos de Saint Laurent y su división "Listo para Usar" por un billón de dólares. El modisto de 64 años conserva la línea de haute couture que sigue ideando en trances desde su casa de Marruecos donde cada habitación homenajea a los personajes de *En busca del tiempo perdido*, o en el piso parisino de la rue de Babylone rodeado de Goyas, Picassos, una colección de camafeos y también muebles modernistas de Jean Michel Frank.

LA VIDA LOCA

Saint Laurent es la antítesis del ultracool Tom Ford: a los 22 años, Yves posó desnudo promocionando su flamante perfume para hombres; en lugar de encargar campañas millonarias por simulacros de orgías, varias clientas de su casa confesaron un poco ruborizadas que entre los bocetos de trajes con plumas de ñandú guardaba fotos porno que lo tenían como uno de los protagonistas; otros datos que resumen su perfil psicológico señalan que el miedo a los cambios lo obliga a conservar los mismos amigos desde hace cuarenta años y a tener dos perros iguales para llamarlos con el mismo nombre, y que logró armar un imperio sin un peso en medio de un ataque de pánico de varios meses en el hospital Val de Grace a fuerza de las vitaminas para el amor que le dio Pierre Bergé.

La presentación de la colección primavera 2001 de Tom Ford se hizo en París, con asientos drapeados en negro y almohadones de satén. Las modelos usaron plataformas blancas y medias negras ultraopacas y dedicaron varias pasadas a promocionar los flamantes encendedores laqueados y estampados con el célebre logo YSL ideado por Cassandre y también los cigarrillos –una sutileza si uno lo compara con los patéticos vestidos de yogur Ser que lucieron las modelos del último happening de moda bizarra de Giordano–.

Las prendas se limitaron a trajes de seda y crêpe también blancos y negros e incluyó homenajes a dos musas de Saint Laurent de los setenta: Bianca Jagger y Betty Catroux. Las modelos llevaron versiones de trajes de saco y pantalón blancos como el que Yves diseñó a Bianca para su boda con el cantante de los Rolling Stones, aunque sin la capelina.

Los cincuenta clones de Betty, en cambio, llevaron extensiones rubias copiando el peinado de la ex modelo y reproduciendo los corsets esculpidos en cobre e hilos de oro por Claude Lalanne en el '69 (aparecieron en una puesta que asoció la escultura moderna con la alta costura y fueron fotografiadas con túnicas y velos en el Sahara), en versión 2001 by Gucci son de goma negra.



"Mientras que las chicas Gucci pueden salir a transitar la pasarela en portaligas, las mujeres de Saint Laurent son más sutiles. Y aplicado a la ropa, mientras que Gucci sintetiza la avidez por lo último, en las tiendas YSL hay prendas más simples, camisas, trajes y los famosos abrigos cruzados, y la mayor rareza es una orquídea negra que mandé a cultivar especialmente y que algunas modelos llevaron en el cuello en reemplazo de joyas", dijo el flamante diseñador de YSL a la revista *Vogue* después de su presentación.

También dejó claro que su concepción del diseño no incluía pasar una noche en vela para arreglar la caída de un bolsillo. Y ahí está el botón de muestra que resume los cambios en el mapa de la moda. Ultimo sobrevivente de una corriente de modistos obsesivos iniciada por Paul Poiret y continuada por Chanel, Schiaparelli, Dior o Balenciaga, Yves remató los ruedos de sus trajes con furia autodestructiva.

A la colección en homenaje a los Ballet Rusos que fue portada del *New York Times* en el '76 la terminó de planear desde un Centro de Rehabilitación, y en octubre de ese año después de un romance que terminó pésimo con un novio de Karl Lagerlfeld produjo Carmen, una colección con 300 pasadas de colores rabiosos que duró tres horas. Muchos de sus looks excesivos y geniales a la vez surgieron después de tours etílicos por Maxim's y colapsos nerviosos.

ANTITODO

En Dior, la casa donde debutó a los 21 y perdió el trabajo al marcharse al servicio militar, además de imponer la línea trapecio, conoció a Pierre Bergé, su pareja y socio durante treinta años. El listado de sus grandes éxitos incluye Africana, una colección de vestidos de noche que revolucionaron los usos del haute couture atreviéndose a bordar la rafia y el lino con cuentas de madera y cristal, los vestidos del '65 que reproducían cuadros de Mondrian en tejido de punto y los atuendos para Catherine Deneuve en *Belle de Jour* de Luis Buñuel. A esos abrigos y vestidos de paño de las escenas pre y post burdel el modisto confesó haberles agregado velcro "para que al ser rasgadas el sonido sea más fiel a escenas de violaciones".

Deneuve, quien protagonizó la campaña YSL fotografiada por Helmut Newton en 1966, vestida con un traje de soirée con una pierna impresa, también lo exigió como modisto de cabecera en *La Chamade*, (1968, Alain Cavalier) y *Sirena de Mississipi* (1969, François Truffaut). Los aportes de Yves al vestuario para cine se extienden a otras supermujeres: Claudia Cardinale en *La pantera rosa*, Sofía Loren en *Arabesque* y en teatro hizo vestuarios rimbombantes para producciones de Zizi Jeanmarie en casinos de París y puestas de Roland Petit de los sesenta y los setenta. Aunque también hizo ilustraciones para un libro de cuentos para niños y no ahorró referencias a la obra de Picasso, Braque, Matisse, León Bakst y Andy Warhol en ninguna de sus producciones.

Muchos de sus diseños no fueron respaldados por la crítica de moda; cuando en el '71, después de ver a Paloma Picasso vestida con un exótico traje de mercado de pulgas, decidió lanzar una colección con vestidos de chiffon y estampados selváticos, su asistente Loulou de la Falaise escuchó camuflada entre las cronistas de la primera fila: "Esta es ropa para ir al inodoro", ella corrió a un cuartito de la maison a contarle al jefe y el staff de Saint Laurent rió mucho más fuerte cuando los turbantes fueron un éxito de ventas y marcaron tendencia.

A fines de los noventa, además del homenaje kitsch con 300 modelos vestidas con sus creaciones durante el Mundial de Fútbol –incluyó los vestidos Mondrian, tuxedos, la chaqueta safari–, hizo los uniformes oficiales del la World's Cup, la National Gallery de Londres bautizó una sala en su honor y las tiendas de lujo de todo el mundo vendieron una edición especial de su fetiche: un corazón engarzado con diamantes, rubíes y perlas bocetado por él en el '62, que simboliza su amor por las mujeres y lucieron en aperturas y cierres de sus desfiles de Catherine Deneuve a Stella Tennant.

El recorrido antistablishment de Saint Laurent no se limitó a agregar chaquetas de cuero a vestidos de organza, que parece dejaron a varias socialites francesas boquiabiertas en funciones de la Opera. El criterio vale tanto para una reciente chaqueta con girasoles de Van Gogh pintados con 350.000 lentejuelas y cosidos que demandó seiscientas horas de trabajo, trajes de novia violeta o negros cerrando todos sus desfiles o el modelo Robin Hood, compuesto de pantalón, chaqueta y capucha de cuero negro, con botas al tono digno del universo bondage presentado en el '63 despúes de una pasada de drapeados para burguesas.

Cuentan que en lugar de ir a su homenaje en vida de los jardines del Rodin transformado en night club por un rato, Yves prefirió quedarse en su casa rodeado de su colección particular de arte; dice que jamás vio una prenda de Gucci y con los bolsillos llenos provoca colgando algunas blusas muy setenta en la vidriera del pequeño local de accesorios que conserva en la rue Fauborg St. Honore, a pocos metros de la nueva megatienda inspirada en el chic parisino de los setenta

NO SE RINDE



"Mientras que las chicas Gucci pueden salir a transitar la pasarela en portaligas, las mujeres de Saint Laurent son más sutiles. Y aplicado a la ropa, mientras que Gucci sintetiza la avidez por lo último, en las tiendas YSL hay prendas más simples, camisas, trajes y los famosos abrigos cruzados, y la mayor rareza es una orquídea negra que mandé a cultivar especialmente y que algunas modelos llevaron en el cuello en reemplazo de joyas", dijo el flamante diseñador de YSL a la revista *Vogue* después de su presentación.

También dejó claro que su concepción del diseño no incluía pasar una noche en vela para arreglar la caída de un bolsillo. Y ahí está el botón de muestra que resume los cambios en el mapa de la moda. Ultimo sobreviviente de una corriente de modistos obsesivos iniciada por Paul Poiret y continuada por Chanel, Schiaparelli, Dior o Balenciaga, Yves remató los ruedos de sus trajes con furia autodestructiva.

A la colección en homenaje a los Ballet Rusos que fue portada del *New York Times* en el '76 la terminó de planear desde un Centro de Rehabilitación, y en octubre de ese año después de un romance que terminó pésimo con un novio de Karl Lagerlfeld produjo Carmen, una colección con 300 pasadas de colores rabiosos que duró tres horas. Muchos de sus looks excesivos y geniales a la vez surgieron después de tours etílicos por Maxim's y colapsos nerviosos.

ANTITODO

En Dior, la casa donde debutó a los 21 y perdió el trabajo al marcharse al servicio militar, además de imponer la línea trapecio, conoció a Pierre Bergé, su pareja y socio durante treinta años. El listado de sus grandes éxitos incluye Africana, una colección de vestidos de noche que revolucionaron los usos del haute couture atreviéndose a bordar la rafia y el lino con cuentas de madera y cristal, los vestidos del '65 que reproducían cuadros de Mondrian en tejido de punto y los atuendos para Catherine Deneuve en *Belle de Jour* de Luis Buñuel. A esos abrigos y vestidos de paño de las escenas pre y post burdel el modisto confesó haberles agregado velcro "para que al ser rasgadas el sonido sea más fiel a escenas de violaciones".

Deneuve, quien protagonizó la campaña YSL fotografiada por Helmut Newton en 1966, vestida con un traje de soirée con una pierna impresa, también lo exigió como modisto de cabecera en *La Chamade*, (1968, Alain Cavalier) y *Sirena de Missisipi* (1969, François Truffaut). Los aportes de Yves al vestuario para cine se extienden a otras supermujeres: Claudia Cardinale en *La pantera rosa*, Sofía Loren en *Arabesque* y en teatro hizo vestuarios rimbombantes para producciones de Zizi Jeanmarie en casinos de París y puestas de Roland Petit de los sesenta y los setenta. Aunque también hizo ilustraciones para un libro de cuentos para niños y no ahorró referencias a la obra de Picasso, Braque, Matisse, León Bakst y Andy Warhol en ninguna de sus producciones.

Muchos de sus diseños no fueron respaldados por la crítica de moda; cuando en el '71, después de ver a Paloma Picasso vestida con un exótico traje de mercado de pulgas, decidió lanzar una colección con vestidos de chiffon y estampados selváticos, su asistente Loulou de la Falaise escuchó camuflada entre las cronistas de la primera fila: "Esta es ropa para ir al inodoro", ella corrió a un cuartito de la maison a contarle al jefe y el staff de Saint Laurent rió mucho más fuerte cuando los turbantes fueron un éxito de ventas y marcaron tendencia.

A fines de los noventa, además del homenaje kitsch con 300 modelos vestidas con sus creaciones durante el Mundial de Fútbol –incluyó los vestidos Mondrian, tuxedos, la chaqueta safari–, hizo los uniformes oficiales del la World's Cup, la National Gallery de Londres bautizó una sala en su honor y las tiendas de lujo de todo el mundo vendieron una edición especial de su fetiche: un corazón engarzado con diamantes, rubíes y perlas bocetado por él en el '62, que simboliza su amor por las mujeres y lucieron en aperturas y cierres de sus desfiles de Catherine Deneuve a Stella Tennant.

El recorrido antistablishment de Saint Laurent no se limitó a agregar chaquetas de cuero a vestidos de organza, que parece dejaron a varias socialites francesas boquiabiertas en funciones de la Opera. El criterio vale tanto para una reciente chaqueta con girasoles de Van Gogh pintados con 350.000 lentejuelas y cosidos que demandó seiscientas horas de trabajo, trajes de novia violeta o negros cerrando todos sus desfiles o el modelo Robin Hood, compuesto de pantalón, chaqueta y capucha de cuero negro, con botas al tono digno del universo bondage presentado en el '63 despúes de una pasada de drapeados para burguesas.

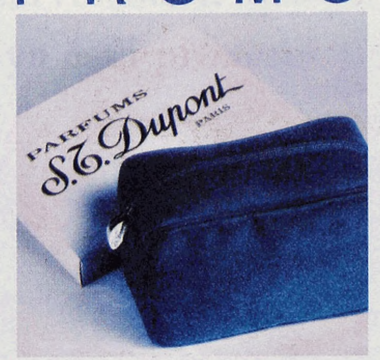
Cuentan que en lugar de ir a su homenaje en vida de los jardines del Rodin transformado en night club por un rato, Yves prefirió quedarse en su casa rodeado de su colección particular de arte; dice que jamás vio una prenda de Gucci y con los bolsillos llenos provoca colgando algunas blusas muy setenta en la vidriera del pequeño local de accesorios que conserva en la rue Fauborg St. Honore, a pocos metros de la nueva megatienda inspirada en el chic parisino de los setenta



haraposreales

En marzo abre sus puertas el atelier de harapos reales, donde sus mentoras, Carolina Guti y Cristina Luna, mostrarán y venderán sus producciones junto a las de otros diseñadores. Guti y Luna –la primera con antecedentes en artes plásticas, la segunda con experiencia en diseño gráfico– apuestan a materiales nobles, lo que incluye materias primas pero también buen trato al cliente.

PROMO



Cuando Simon Tissot, un artesano en equipajes y accesorios de viajes que se especializaba en ofrecer sus servicios a una clientela que viajaba en el Expreso de Oriente o veraneaba en la Riviera francesa, fundó en 1872 la compañía Dupont inauguraba un mito que se prolongaría por más de cien años. En 1941, sus descendientes revolucionaron el mundo de los productos de lujo con algo impensado para Simon Tissot: un encendedor. Gracias a él la marca se hizo famosa en el mundo entero y, tras introducirse en el mercado de artículos de cuero, en 1983 se lanzó a los accesorios para hombre. Ahora, sus fragancias tienen peso propio. En marzo, con la compra de una de ellas, se obsequia un bolso con miniaturas.



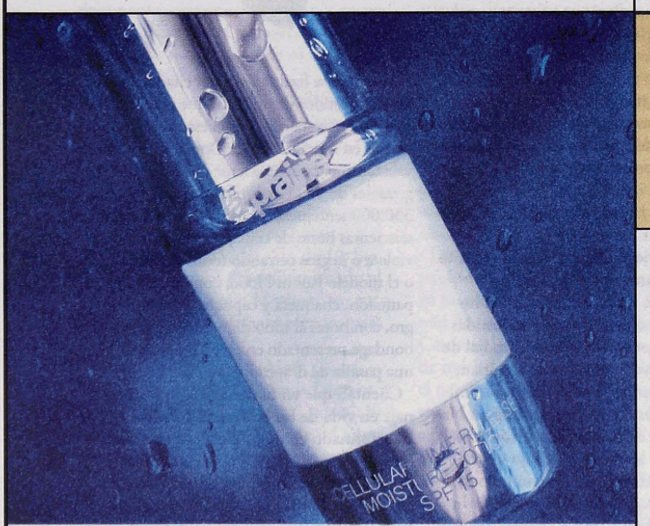
Premium

Pampers anuncia el relanzamiento de su línea de pañales Premium. Un nuevo empaque viste a los pañales que poseen cintas reajustables y cintura elastizada que, junto a su cubierta respirable símil tela, ofrecen al bebé confort y suavidad.



mar de margaritas

El Nudo/Compañía teatral presenta *Mar de margaritas*, de Mariana Trajtenberg, una obra de teatro de títeres destinada al público adulto. Durante marzo (estrenan el 3) y abril la obra se podrá ver en templum (Ayacucho 318) los sábados a las 21.30 y los domingos a las 20. La compañía nació en 1988. Todos sus integrantes son egresados de la Escuela- Taller de Titiriteros del Teatro General San Martín.



crema exquisita

Los expertos en piel de la marca francesa Le Prairie crearon el Cellular Time Release Moisture Lotion SPF 15, una crema pensada para el día que humecta y tonifica intensamente la piel y la protege de los efectos nocivos del medio ambiente. Lo mejor del producto, indica la firma, es que sus efectos son acumulativos, y que la firmeza, el tono y la elasticidad de la piel mejoran con cada uso del Cellular Time Release.

HOMENAJE A BENZACAR

Después de doce años de presencia en la Feria de Arte Contemporáneo (ARCO) de Madrid, la galerista Ruth Benzacar dejó una huella que se tradujo esta semana en un homenaje a su memoria, preparado por el Comité Organizador y la Embajada Argentina en España. Este año, con Orly Benzacar, hija de Ruth, a la cabeza, la galería dio como siempre el presente en la Feria.

La muerte de **Junior**



Entre los estrenos anunciados para marzo en Infinito Original, se destaca *La muerte del hijo del presidente*, una producción exclusiva de esa señal, realizada en la Argentina por Cuatro Cabezas acerca de la trágica muerte de Carlos Menem Junior el 15 de marzo de 1995, en circunstancias que nunca llegaron a aclararse. Este es el primero de los diez documentales realizados para Infinito por la productora de Mario Pergolini. Se podrá ver el 17 de marzo a las 22.

LA CAJA FUERTE

Isabelle Huppert es una de las actrices francesas más dúctiles y mejor preparadas. Lejos de la californiana idea de la diva, ella es una actriz que trabaja milimétricamente cada personaje y hace de la concentración su herramienta más útil.

POR A.T.

Su padre fabricaba llaves de cajas fuertes. Cualquier analista se haría un banquete con esa dato. No es extraño que ella afirme que sabe guardar secretos. Isabelle Huppert es cautivante como una caja fuerte en la que están a salvo sus valores. Uno de ellos es, sin duda, la versatilidad. Pasa de una película a otra, de un personaje a otro, de un género al otro con extrema facilidad, y lo admite. El año pasado fue Medea en el Palacio de los Papas de Avignon. Poco después, se trasladó a Viena para ponerse a las órdenes del director Michael Haneke en *La pianista*, basada en la novela de Elfriede Jelinek. Cuando terminó el rodaje, volvió a la piel de Medea, en teatros del interior de Francia y en París, más precisamente en el teatro Odeon. Y, más tarde, trabajó con Claude Chabrol en *Merci pour le chocolat*, donde interpreta a una malvada pura que se convierte al bien.

Allí es Mika Muller, un personaje casi inexpresivo pero de una fuerza de carácter indudable.

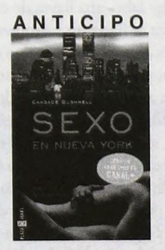
Huppert sabe actuar papeles en los que hay que mostrar lo invisible, dejar entrever abismos bajo la mayor seguridad. En la realidad, la actriz es una persona que parece aburrirse cuando debe hablar de ella misma. Se ausenta en los diálogos. Después reaparece llena de energía amistosa. Sus interlocutores, incluso los periodistas, le despiertan curiosidad. Hace preguntas, escucha, observa. Una amiga suya apoya el dato de la versatilidad, al que agrega el de la ubicuidad. Dice que Isabelle podría sobrevivir en cualquier lado, siempre y cuando en ese lugar haya algo que le interese. Al contrario de cualquier estereotipo de estrella, Isabelle puede alojarse en cualquier parte, sentirse bien en veladas de gala o en un parque con los niños, ir a ver varios espectáculos en una misma noche, no salir, conversar o callarse. Está acostumbrada a juntar en sí distintos mundos. Así lo pasa bien.

"Yo fuerzo un papel, me agoto en él. Es una buena fatiga, la misma que la de los deportistas", dice la actriz mientras viaja en un taxi en las cercanías de Viena rumbo al rodaje de *La pianista*, donde es Erika, una mujer austera, severa, chata. Hace comentarios de este tipo pero al mismo tiempo cuenta cómo es la vestimenta de su personaje y arregla por teléfono un problema de las vacaciones escolares de sus hijos. Luego, viéndola actuar, se nota un borramiento de ella misma antes de dejarle lugar al personaje. Ubica su cuerpo. Respira. Parece prepararse para danzar. Se concentra a un grado máximo. Entonces deja de ser ella y es Erika. Usa zapatos chatos, pollera plisada, lleva un rodete en el pelo.

El director Haneke le hace repetir quince veces la misma escena. Quince. Ella debe tomar un pañuelo con la mano. El le indica. "Un poco más abierta la mano", "Un poco más cerrada", "Más rápido", "Un poco más despacio"... Ella responde suavemente, cada una de las quince veces: "De acuerdo", y sigue intentándolo. Su voz por momentos refleja una pizca de diversión, y en otros suena ligeramente exasperada, pero son sólo matices en la mansedumbre de una mujer totalmente profesional que confía ciegamente en la mirada de quien deja que la dirija.

"Actuar es mi habitación. Lo aguanto bien", comentará después. Cuando se le pregunta qué es para ella la felicidad, afirma que "son momentos muy simples. No hay nada que decir". Para abordar a Erika, Isabelle hace un año que retomó sus clases de piano. Es sólo un detalle en la manera que tiene esta mujer de tomarse en serio su trabajo. También toma, por temporadas diariamente, clases de canto. Aprende a seguir trabajando al máximo su voz para después poder dotar a sus personajes de esa inexpresividad que los hace únicos. Huppert sabe cómo llegar a lo simple a través de complejo; ése es el secreto que probablemente guarde en la caja fuerte. ●

ANTICIPO



SEXO en Nueva York

POR CANDACE BUSHNELL

Candace Bushnell comenzó hace unos años a escribir columnas cortas en el *New York Observer*, en las que retrataba a personajes sofisticados, cínicos, triviales y desencantados que frecuentaban bares de moda y constituían la crema de una ciudad fascinante y difícil. De esas columnas surgió la serie "Sex and the City", que aquí primero se vio en cable y ahora llegó a la televisión de aire. El libro de Bushnell (Plaza y Janés) llega a las librerías en marzo.

Todo comenzó como siempre comienzan estas cosas: inocentemente. Me hallaba en mi apartamento almorzando galletas saladas con sardinas, cuando me telefoneó un conocido para contarme que un amigo suyo había ido a Le Trapèze, un club para parejas, y todavía no había salido de su asombro. Había visto a gente desnuda copulando delante de sus narices. A diferencia de los clubes sadomasoquistas, donde no hay sexo real, allí la cosa era muy pero muy real. La novia del amigo estaba espantada, pero cuando una mujer desnuda la tocó al pasar, "le hizo gracia". Según él.

En realidad, el tipo estaba tan encantado con el lugar que no quería que escribiera sobre él porque temía que, como ocurre con los lugares que valen la pena de Nueva York, la publicación lo estropeara.

Empecé a tener toda clase de visiones: parejas jóvenes y guapas, cuerpos firmes, caricias tímidas, chicas rubias con guirnaldas de hojas de parra, una servidora con un vestido supercorto y un hombro al descubierto. Entrábamos vestidos y salíamos iluminados.

El contestador automático del club me devolvió bruscamente a la realidad.

"En Le Trapèze no hay desconocidos, sólo amigos que todavía no has conocido", dijo una voz de género indeterminado, y añadió que había "un bar de jugos y un buffet frío y caliente", cosas que yo jamás había relacionado con el sexo o el destape. "El 19 de noviembre, Día de Acción de Gracias, celebraremos la Noche Oriental". Qué interesante, pensé, pero al final descubrí que se referían a comida oriental, no a gente oriental.

Hubiera debido abandonar la idea en ese mismo instante. No hubiera debido escuchar a Sallie Tisdale, la escritora que en su libro yuppie-porno *Talk Dirty to me* defendía el sexo en grupo: "Es un tabú en todo el sentido de la palabra... Si los clubes sexuales hacen lo que están destinados a hacer, se producirá la caída, esto es, el desmoronamiento de los límites. El centro no aguantará". Debí preguntarme: ¿y qué tiene eso de divertido?

Pero tenía que verlo con mis propios ojos. Así pues, el miércoles por la noche mi agenda marcaba dos acontecimientos: 21 horas, cena con el modisto Karl Lagerfeld, Bowery Bar; 23.30 horas, club Le Trapèze, 27 Este.

MUJERES DESORDENADAS, CALCETINES HASTA LA RODILLA

Al parecer a todo el mundo le gusta hablar de sexo, y la cena de Karl Lagerfeld, repleta de hermosas modelos y redactores de moda con los gastos pagos, no fue una excepción. De hecho, nuestro extremo de la mesa estaba cada vez más animado. Una morena despampanante de pelo rizado y con esa actitud de estar de vuelta de todo que sólo los veinteañeros son capaces de adoptar dijo que le gustaba ir a bares de topless, pero sólo a locales sórdidos como Billy's Topless, porque allí las chicas eran "auténticas".

Entonces todo el mundo estuvo de acuerdo en que unos pechos pequeños eran preferibles a unos pechos falsos y se llevó a cabo una encuesta: ¿quién, de los hombres de la mesa, se había acostado alguna vez con una mujer que llevara implantes de silicona? Aunque nadie lo reconoció, hubo un hombre, un pintor de treinta y pico, que no lo negó con suficiente firmeza.

–Tú sí –los acusó otro hombre, un importante hotelero con cara de querubín– y lo peor es que te gustó.

–No me gustó –protestó el pintor–, pero no me importó.

Por fortuna, llegó el primer plato y todo el mundo se sirvió vino.

Segundo asalto: ¿las mujeres desordenadas son mejores en la cama? El hotelero tenía una teoría:

–Si entras en el piso de una mujer y no hay nada fuera de lugar, enseguida comprendes que no querrá pasarse el día en la cama ni encargar comida china para engullirla entre las sábanas. Sabes que te obligará a levantarte y a comer tostadas en la mesa de la cocina.

No supe qué responder, porque yo soy, literalmente, la persona más desordenada del mundo. Y es probable que en estos momentos haya más de una caja de cartón con restos de pollo agridulce debajo de mi cama. Lo malo es que ese pollo me lo comí sola.

Sirvieron la carne.

–Lo que de verdad me excita –dijo el pintor– es una mujer con falda escocesa y medias hasta la rodilla. Si la veo, no puedo trabajar en todo el día.

–Lo peor –replicó el hotelero– es seguir a una mujer por la calle y descubrir, cuando se da vuelta, que es tan hermosa como la habías imaginado. Representa todo aquello que nunca tendrás en la vida.

El pintor se inclinó hacia adelante.

–Una vez dejé de trabajar durante cinco años por causa de una mujer –dijo.

Llegó la crema de chocolate y también mi cita con Le Trapèze. Puesto que sólo aceptaban parejas mixtas, había pedido a Sam, mi último ex ligue, que me acompañara. Era la mejor elección, en primer lugar porque fue el único hombre que aceptó acompañarme, y en segundo lugar porque él ya tenía experiencia en estas cosas. Hace un millón de años fue a Plato's Retreat. Una desconocida se le acercó y le agarró lo innombrable. Su novia, que había tenido la idea de ir allí, salió gritando del local.

La conversación se desvió hasta lo inevitable: ¿qué clase de gente frecuenta los clubes de sexo? Yo parecía ser la única que lo ignoraba. Aunque nadie había estado en ninguno, todos afirmaron que los clientes de los clubes de sexo eran "perdedores de Nueva Jersey". Alguien dijo que no podías ir a un club de sexo sin una buena excusa, por ejemplo, exigencias de trabajo. La charla no me estaba haciendo ningún bien. Pedí al camarero un tequila.

Sam y yo nos levantamos. Un escritor que escribe sobre cultura popular nos dio su último consejo.

–Será bastante desagradable –dijo, pese a no haber pisado en su vida un club de sexo–, a menos que se hagan con el control. Tienen que tener el control de la situación.

LA NOCHE DE LOS MUERTOS SEXUALES VIVIENTES

Le Trapèze se hallaba en un edificio blanco cubierto de grafitti. La discreta entrada tenía una barandilla redonda de metal, versión chabacana de la entrada del Hotel Royalton. Justo cuando nos disponíamos a entrar, salió una pareja. La mujer, al vernos, se cubrió la cara con el cuello del abrigo.

–¿Es divertido? –le pregunté.

Me miró horrorizada y corrió hacia un taxi.

Dentro del local, sentado en una pequeña cabina, había un joven con una camiseta de rugby. Aparentaba unos dieciocho años. No levantó la vista.

–¿Te pagamos a ti?

¿Qué clase de gente frecuenta los clubes de sexo? Yo parecía ser la única que lo ignoraba. Aunque nadie había estado en ninguno, todos afirmaron que los clientes de los clubes de sexo eran "perdedores de Nueva Jersey".



–Ochenta y cinco dólares por pareja.
–¿Aceptan tarjetas de crédito?
–No.
–¿Puedes darme un recibo?
–No.

Tuvimos que firmar sendos cartones donde jurábamos que cumpliríamos las normas sobre sexo seguro. Acto seguido, nos entregaron unas tarjetas de socio donde se nos recordaba que estaban prohibidas la prostitución, las cámaras y las grabadoras.

Yo esperaba encontrarme con una actividad sexual humeante, pero lo único que echaba humo era la mesa del mencionado buffet. No había nadie comiendo. Un letrero advertía que PARA COMER ES OBLIGATORIO IR VESTIDO DE LA CINTURA PARA ABAJO. Luego vimos a Bob, el director, un hombre corpulento con barba, camisa a cuadros y jeans, que igual podría dirigir una tienda de animales en Vermont. Bob nos dijo que el club había sobrevivido durante quince años gracias a su discreción. Nos dijo que no nos preocupáramos si hacíamos de mirones, porque así era como empezaba la mayoría de la gente.

¿Qué vimos? Pues una gran sala con una enorme colchoneta donde algunas parejas borrosas se lo estaban montando. Había una "silla de sexo" (desocupada) que parecía una araña y una mujer regordeta, vestida con un albornoz, sentada junto al jacuzzi, fumando. Había parejas con los ojos vidriosos (la noche de los muertos sexuales vivientes, pensé). Y muchos hombres con dificultades para estar a la altura. Pero, sobre todo, estaba ese maldito buffet humeante (¿qué contenía?, ¿mini perritos calientes?). Desgraciadamente, poco más hay para contar.

Le Trapèze era, en definitiva, un timo.

A la una de la madrugada la gente ya empezaba a irse. Una mujer nos dijo que era del condado de Nassau y que deberíamos volver el sábado por la noche.

–El sábado –dijo– hay "smorgasbord".

No le pregunté si se refería a la clientela. Temía que se refiriera al buffet●





El eterno (artificio) femenino

La inglesa Doris Langley Moore no se atrevió a firmar con su nombre su libro "La técnica de la seducción", que escribió en 1928 y cuando apenas tenía 23 años. En él describía con una claridad pasmosa –y una fuerte dosis de cinismo– las relaciones entre hombres y mujeres después de la Primera Guerra.

The Technique of the Love Affaire fue publicado originalmente en Londres, en 1928. Estaba firmado por "una Dama". Pese al misterio que rodeaba a su autora –o a propósito de él–, la sutileza y la precisión de su contenido le dieron inmediatamente repercusión entre las "mujeres emancipadas" de este y del otro lado del Atlántico. En noviembre de ese mismo año, una de ellas, nada menos que Dorothy Parker, escribía sobre la obra en *The New Yorker*. Así: "Compré un libro llamado *La técnica de la seducción*, escrito por alguien que firma 'una Dama' y concebido como enseñanza para echar el lazo a hombres inconstantes. Varias veces en el pasado yo creí estar deprimida. Me veía a mí misma como a alguien que camina de la mano con la tristeza. Pera hasta que leí este libro no me había dado cuenta de que la depresión, tal como yo la conocía, todavía estaba en la infancia. A través de sus páginas descubrí que nunca antes había actuado de la manera correcta. Jamás. Ni siquiera una mínima vez. ¿Saben cómo deben actuar con los hombres? Siempre hay que permanecer distantes, no dejar saber que te gustan tanto, de ningún modo permitir que sientan que tienen alguna importancia para ustedes (...). En suma, actuar como una persona muy exigente. ¡Si hubiesen visto lo que yo he estado haciendo!".

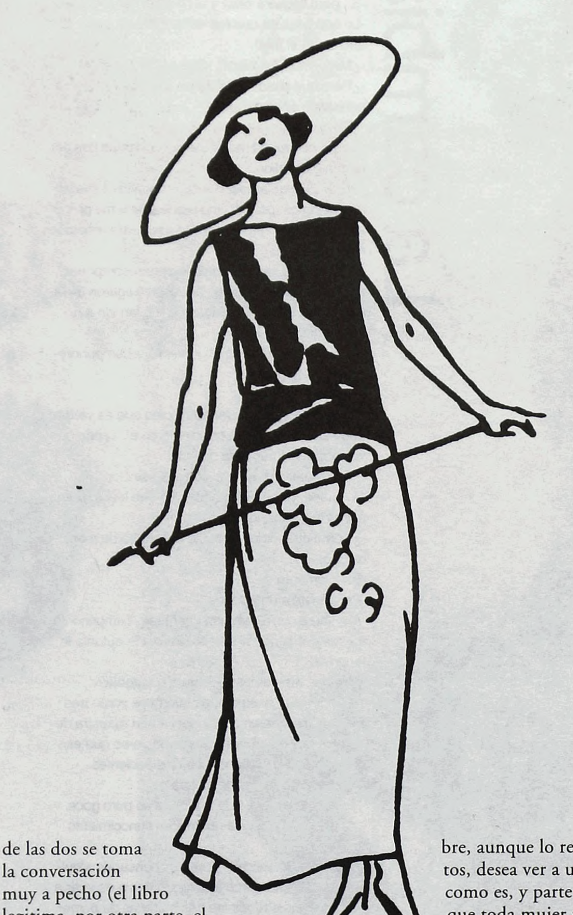
De hecho, la señora Parker y todo su círculo vicioso de amigos y amigas tenían mucho que ver con la extracción de clase de la Dama que había escrito este libro en secreto. Uno de los animadores sociales y literarios de la época, Francis Scott Fitzgerald, había escrito poco antes una frase con marca generacional: "Las mujeres terminan a los 23". Esa era la exacta y sorprendente edad de la inglesa y sofisticada Doris Langley Moore cuando le dio forma a este diálogo entre dos amigas en el que una inicia a la otra en los misterios del artificio femenino. Langley Moore fue luego biógrafa, novelista, diseñadora de moda, experta en historia de indumentaria y guionista de cine. Inventó para Katherine Hepburn el vestido blanco que llevó puesto durante toda la *Reina de Africa*. Fundó, con su propia colección, el primer Museo del Vestido del mundo. Se volvió, finalmente, la especialista en la obra de Lord Byron más respetada de Gran Bretaña.



EMANCIPADAS

Las "mujeres emancipadas" de la época de entreguerras, entre las que se contaban tanto Parker como Langley Moore, estaban rompiendo con la moral victoriana según la cual la virtud femenina era el primordial anzuelo cazamaridos. Para empezar, éste no es un manual para cazar maridos, sino para flirtear. Como apunta en la edición de Vergara, la ensayista Norrie Epstein, con la Primera Guerra había muerto el viejo sistema de cortejo en el que las mujeres casaderas elegían libremente a sus pretendientes y les pedían sin problemas que las visitaran en sus propias casas, en las que los encuentros eran tutelados por una chaperona. La guerra, con su subsiguiente escasez de varones, trajo el moderno sistema de citas, con todos sus alrededores: hombres y mujeres que se encontraban a solas, mujeres que debían desplegar toda su artillería seductora para ser elegidas entre los pocos candidatos disponibles y una nueva escala de valores en la que la virtud femenina ya no pasaba por el buen carácter, las habilidades hogareñas o la amplitud de los sentimientos. Los hombres y las mujeres ahora se atraían de distinta manera y a unos y a otras les parecían fascinantes otras cosas. La atrocidad de la guerra, además, inclinó la balanza de la joven generación hacia las delicias leves y las levedades deliciosas. Nadie quería sufrir de más y el juego de la seducción entre los sexos se armó de manera tal que quedó más expuesta que nunca su naturaleza lúdica, su aire de danza. El affaire no es la gran historia de amor. En el affaire no hay tuberculosis. Nadie muere por haber sido abandonado/a. A lo sumo la gente se emborracha.

Langley Moore baja su línea a través de Cipria y Sacarisa, las dos mujeres que hablan a lo largo de *La técnica*... Ninguna





de las dos se toma la conversación muy a pecho (el libro legitima, por otra parte, el chismorreo femenino: conversar animadamente entre mujeres es un entrenamiento para conversar después con hombres, para mantenerlos entretenidos: poco más puede esperar un hombre de una mujer). Los dos personajes describen, sin describirla explícitamente, una época en la que ser serio no es deseable. Epstein dice: "La petulancia y el cinismo fueron respuestas sanas a una guerra insana".

En el universo emocional al que Langley alude bajo la voz de Cipria, reina el pragmatismo, muchas veces la petulancia y otras tantas, efectivamente, el cinismo. "Una de las más dolorosas lecciones que tienen que aprender los virtuosos es que la gente no se enamora de la virtud. Un carácter noble puede realzar el atractivo de alguien a quien ya se ama... pero sólo en rarísimas instancias puede producir por sí mismo un deseo de posesión...", dice Cipria, quien instruye a Sacarisa en el arte de la seducción a través de un arma fundamental: el autocontrol. Las relaciones amorosas que describe no privilegian la comunicación, la espiritualidad o la intimidad, como hacen hoy muchos de los nuevos manuales de acercamiento entre los sexos. En el período de entreguerras, Cipria deja entrever a un tipo de mujer absolutamente racional y especuladora, soberana sobre su propio deseo, y aunque algunos de sus consejos pueden sonar casi deleznables tanto para las antiguas victorianas como para las actuales neorrománticas, Cipria lo único que hace es sugerir un modo de encuentro totalmente artificial pero potencialmente legítimo, en el que los hombres encuentren placer al proteger y enseñar a vivir a mujeres aparentemente frágiles. Todo el tiempo pone de manifiesto que en el arte del affaire es necesario fingir, ocultar, omitir. Da por sentado que ningún hombre, aunque lo reclame a gritos, desea ver a una mujer tal como es, y parte de la base de que toda mujer puede, si así lo quiere, convertirse para su propio goce en ese juguete delicioso y extravagante que un hombre estará orgulloso de amparar. Juegos, disfraces, apariencias, simulacros, equívocos, misterios. Hila fino y sigue: "No se trata de duplicidad e impostura, sino de disimulo y artificio, no de tretas sino de habilidad, no de astucia sino de ingenio". ¿Se tratará de alguna otra cosa el deseo humano?

UNOS, OTRAS

Cipria afirma que "las mujeres tenemos más malicia que los hombres, pero los hombres tienen la ventaja de que los necesitamos más de lo que ellos nos necesitan a nosotras". Las mujeres, dice, necesitan a los hombres "moral, física, social y financieramente". Los hombres, en cambio, pueden más fácilmente ser felices sin una mujer. "La mujer promedio anhela formar una familia, mientras que el hombre promedio lo hace a su pesar". Cipria va a proponerle a Sacarisa que saque ventaja de sus virtudes, que mantenga en silencio sus defectos y, ante el escándalo de la otra, indica que la pretendida inocencia victoriana no era muy diferente. "Su encantadora modestia era –me atrevo a decirlo– parte de la mercadería que ponían en venta, una parte tan valiosa que les ahorraba la necesidad de recurrir a otros ardides. La inocencia, a pesar de todo lo que se pueda decir en contra de ella, apela a dos de los instintos más fuertes del hombre: el instinto de enseñar y el instinto de proteger. Ellas eran madres engañosas que mantenían inocentes a sus hijas, e hijas engañosas que permitían ser mantenidas así".

Para tener éxito, una mujer debía lograr "ser perseguida". Para ser perseguida por uno o más pretendientes, una mujer debía tener "prestigio". ¿Qué le daba prestigio a una mujer? Ser deseada por otros hombres. ¿Por qué los hombres deseaban a una mujer? No es el atractivo físico la piedra fundamental de la seducción. No, no. Allí se juegan otras cosas, más lejos de la carne y más cerca del ego masculino. El consejo por excelencia de Cipria es: "Sé interesante". Es vital la despreocupación: los hombres son personas preocupadas que no hallan grata la compañía de alguien problemático. La confesión de los problemas femeninos despertará en ellos la obligación de solucionarlos. La presión desgasta la pasión. Ellos desean, por el contrario, que se los adule, que se los elogie, que se mencione con frecuencia en qué se distinguen de otros hombres, qué cosa de ellos no tiene igual. Si se los mantiene adulados y despreocupados, afirma Cipria, ellos tolerarán caprichos, escenas, estados de ánimo inestables y demandas femeninas. Y hasta puede que acepten llegar al matrimonio, pero sólo si en ese contrato tan serio pueden imaginarse alegría. El ingenio del que habla Cipria sirve, por ejemplo, para ocultar el propio ingenio. "¿Qué importa que él sonría por tu debilidad y blandura, tus estados de ánimo caprichosos y tu ignorancia en los temas del día, cuando el conocimiento de que él tiene ventaja sobre ti lo llena de caballerosidad y adoración?", se pregunta. "Es la cumbre de la locura intentar competir con él en su propio terreno. Con que te mantengas a la par de él ya es suficiente; tal vez más que suficiente"●

el ORO de Nápoles



No hace falta tener sangre italiana circulando por venas y arterias, yendo hacia y volviendo del corazón, para derretirse con una canzonetta. Basta con ser argentina/o e –inevitablemente– haber recibido la influencia de una inmigración que ha pesado más que la española en muchos aspectos de nuestra cultura. Porque si bien los napolitanos –y en general de la Campania– no fueron mayoría entre los italianos desembarcados en Buenos Aires durante las oleadas inmigratorias, lo cierto es que uno de sus tesoros artísticos, las canzonettas del siglo XIX, forma parte del folklore argentino íntimo, en estado de latencia. Y aunque ahora no estén de moda por alguna operación del mercado –el estreno de un film, la promoción de algún tenor especulador–, basta que alguien cante con ese sentimiento concentrado, quintaesencial "Che bella cosa 'na jurnata 'e sole/ 'na 'aria serena doppo' na tempesta", para sentirse naturalmente tocada por una melodía, por unos versos tan evocadores.

Cristina Pérsico no eligió las canzonettas para extender aún más su ecléctico repertorio (tango, comedia musical, canciones sefaradíes, españolas, boleros, etc.), sino con el fin de saldar una cuenta pendiente, situación realmente *periculuse* entre napolitanos. Y Cristina es una pura *sangue napulitane*, puesto que de ese bellísimo paese del sol y del mar llegaron sus mayores. Todos. Empezando por la abuela Giustina, que vino con su marido Giuseppe y la beba Emilia (que se casaría con un primo y se convertiría en la madre de Cristina). Giustina, que amasaba los tallarines y la pizza y hacía las conservas y el vino cantando tangos y canzonettas. "Ammore brusciardo", por ejemplo, impetuoso reclamo de lealtad hacia una mujer que se va a casar con otro ("cuando estés en el altar, mejor ponete un manto negro porque yo me mato"): de este tema existe una grabación casera –en la que se limpió el golpeteo del palo de amasar– que prueba lo lindo que cantaba Giustina, a quien una conmovida Cristina Pérsico acompaña en el espectáculo que ofrece actualmente en Clásica y Moderna, Callao 892, los jueves a las 22 hs.

Aunque Pérsico escucha y canta estas canciones desde siempre, realizó un riguroso trabajo de investigación y selección para este recital que tituló *Napoli canzonette.* Lo hizo junto al músico ("musicazo", como dice ella) Diego Vila, pianista y compositor. De 60 canzonettas que les gustaban "todas a morir", bajaron con pena a 30, para quedar finalmente en 20, "que son bastantes, a algunas debimos acortarlas". A la cantante y actriz de sólida formación –junto a maestras como Dina Rot, Edith Preston, Susana Naidich, Iris Scaccheri–, que tiene en algún cajón su título de socióloga, se le transparenta desde el primer tema ("Santa Lucia Lontana") su compromiso emocional con lo que canta: "Partono 'e bastimente/ p'e terre assaje luntane/ cantando a buordo e so' napolitani' (parten los buques/ hacia tierras muy lejanas/ cantan a bordo y son napolitanos). Y si a una se le estruja el corazón de melancolía punzante, enseguida llega "O paese' o sole", donde desborda la pasión napolitana: "Estoy tan alegre/ que casi me pondría a llorar/ por esta felicidad". Siguen entre la ternura y el humor, la alegría y el desgarramiento, "María Marí", "Luna Rossa", "Anema e", "Core", "Dove sta zaza", "Santa Lucia", "Torna a Surriento", "Reginella", "Maruzella" y varias canzonettas más, hasta el cierre con ese himno llamado "Marechiare". Ya saben: "Quando sponta la luna a Marechiare/pure li pisce fanno a l'amore" (Cuando la luna en Marechiare, hasta los peces hace el amor).

Antes de subir a escena junto a sus músicos (Carlos Diener en cello, además de Vila al piano), Cristina se pone en clima con libros y películas de sus amados Toto, Vittorio De Sica, Anna Magnani; mira una vez más las fotos familiares donde Giustina cose a máquina, está con otras mujeres de la familia, con su marido e hijos. De ahí que en su recital la cantante ofrece algo más, mucho más que afinadas interpretaciones.







La cambiante

ARQUETIPAS

POR S. R.

-¿Laura?
-¡Carla!
-¿Qué hacés, nena? Ayer te dejé un mensaje, ¿lo escuchaste?
-Sí, pero llegué a casa y volví a salir enseguida.
-Lo que pasa es que me dejaste preocupada. El otro día te vi mal.
-¿Mal a mí? ¡Ay, cierto! ¡Qué bajón que tenía!
-¿Pero qué pasó? ¿Volvieron a hablar? ¿Seguís pensando en separarte?
-¿En qué?
-Laura, el otro día me dijiste que lo tenías completamente decidido.
-Ah, sí. Sí, hablamos. Bueno, en realidad mucho no hablamos, pero él vino esa noche y me propuso irnos unos días a Porto Seguro. Para recomponer, ¿viste?
-¿Otra vez te vas a ir de viaje para recomponer? ¡Si hace apenas dos semanas que llegaron de las Cataratas! ¿A las Cataratas no habían ido a recomponer?
-Es cierto, pero bueno, alguna vez recompondremos, ¿no te parece?
-Y, sí...
-Además estuve pensando. Y creo que es verdad que estoy demasiado pendiente de él. Tengo que volcarme a lo mío, a la pintura.
-¿A la pintura? Laura, si vos sos psicóloga.
-Ay, nena, ya sé. Pero hace rato que siento que necesito... expandirme.
-¿Como cuando empezaste ese curso de medicina tibetana?
-Exactamente.
-Pero fuiste a dos clases.
-Ah, qué piola. Si era una chantada. Tampoco voy a estar perdiendo el tiempo. Pero a la eutonía le tengo fe.
-¿En qué quedamos? ¿Pintura o eutonía?
-Ah, bueno, lo que pasa es que hace como tres días que no hablamos. Conocí a una maestra de eutonía que es bárbara. Y además creo que eso puede reforzar mi trabajo con los pacientes.
-¿Con los pacientes de pintura?
-No seas boluda. Lo de la pintura es puro goce, ¿entendés? Lo que la eutonía es conocimiento aplicado.
-Hablando de aplicado, ¿seguís pensando alquilarle un departamento a tu hijo, o vas a esperar a que se digne a rendir las tres materias de primer año?
-Mmmm, eso lo estuve reviendo. Porque estuvimos charlando y el chico dice que la medicina no le gusta. Y si no le gusta no le gusta, no lo puedo sobornar con el alquiler de ese departamento.
-Laura, pero la arquitectura tampoco era lo suyo. Ni el teatro. Ni el diseño industrial.
-Bueno, Carla, es un chico.
-Laura, tiene veinticinco. A su edad vos ya lo tenías a él, te habías separado dos veces, habías comprado tu primer departamento y te habían internado después de tu primera intoxicación con drogas duras.
-Bueno, che, pero ésta es otra época. Ahora los adolescentes son adolescentes hasta los cuarenta años.
-Más o menos la edad de tu marido.
-¿Sabés que sí? Yo creo que Alfredo recién está saliendo de la adolescencia.
-¿Por eso será que sale con chicas de diecinueve?
-Ay, Carla, no me tires mala onda.
-No, por mí que salga con el portero, pero el otro día, cuando le descubriste el último romance, me preguntaste si podías venir a vivir a mi casa hasta que Alfredo dejara la tuya. Me llamaste ocho veces en tres horas y me pediste que cuando aflojaras te recordara que Alfredo es un bicho. ¿Recuerdo bien o estoy delirando?
-Ay, Carla, esas son cosas que se dicen. ¿Qué tal vos? ¿Cómo andás de tu alergia estacional?